

dacia. Por el lado de la población el cañón francés había cesado de retronar: una diversión intentada por las marinas aliadas sólo había causado ligeros daños al fuerte Constantino; era ya muy avanzado el día; el ejército inglés era numéricamente muy débil para arriesgar solo y sin apoyo inmediato una empresa llena de peligros. Por esto, sin duda, lord Raglán detuvo delante de su conquista. Llegó la noche, y, al día siguiente, la ocasión perdida no volvió á presentarse, pues los sitiados, por un verdadero milagro de energía, habían reparado sus brechas á favor de la obscuridad. El cañoneo continuó el 18 y el 19, pero sin que los franceses ni los ingleses pudiesen forzar el acceso de aquellos muros tan valientemente defendidos.

Aquella lucha de tres días había costado cara á los rusos; del 17 al 20 de octubre, éstos habían tenido 2.171 hombres fuera de combate (1). Entre las víctimas se hallaba Khornilof, el más valiente de sus jefes. Las pérdidas de los aliados eran mucho menores; en la jornada del 17 de octubre se redujeron á 348 bajas entre muertos y heridos, y en las otras dos jornadas fueron casi insignificantes. Por consoladora que fuese la comparación, la ventaja real la llevaban los sitiados. No sólo no habíamos entrado en Sebastopol, sino que todo concurría á demostrar que no entraríamos sino al cabo de una lucha larguísima y encarnizada. Hasta entonces todo habían sido ilusiones. «Considero que no tendremos que proceder con la lentitud de un sitio en regla.» Así se expresaba, en 28 de septiembre, el general Canrobert en un parte al mariscal Vaillant. «Todo me hace esperar, escribía en 7 de octubre el general Bizot, jefe de los ingenieros franceses, que no haremos esperar el boletín complementario de la batalla de Alma, y que tocaremos al término de esta grande y gloriosa expedición cuando esta carta llegue á vuestras manos (2).» «Es probable, escribía por su parte el general Martimpregy, que será cosa corta y que nos costará poca gente (3).» A decir verdad, no faltaba quien viese de una manera más clara el porvenir. El general Airey, jefe de Estado mayor del ejército inglés, decía en 3 de octubre: «Mi impresión es que estaremos aquí todo el invierno.» Pero esta opinión era rara. Después del combate infructuoso del 17 de octubre, fué más común, sin ser aún general. «La plaza ha resistido mejor de lo que se creía,» escribía, con un ligero matiz de tristeza desengañada, el general Canrobert (4). La impresión de los rusos era muy distinta. De aquel bombardeo, de aquel primer bombardeo, como le llamaban en su historia del sitio, salían maltrechos sin duda, pero esperanzados y más animosos que antes. *No entreguéis Sebastopol*, tal había sido el último grito de Khornilof expirante. Y nuestros enemigos estaban más resueltos que nunca á seguir aquel supremo consejo. No sólo no entregarían Sebastopol, sino que ya pensaban, como luego se verá, en convertirse en agresores, sorprender nuestros campamentos, rechazar á los aliados hasta obligarles

(1) Todleben, primera parte, págs. 345, 353 y 355.

(2) Cartas de los generales Canrobert y Bizot al ministro de la Guerra (M. Camilo Rousset, *Guerre de Crimée*, tomo I, páginas 281 y 282).

(3) Correspondencia inédita.

(4) Parte del 18 de octubre (*Monitor*, 5 de noviembre de 1855).

á refugiarse en sus buques, ó tenerlos al menos más sitiados en su meseta de lo que lo estuviesen ellos mismos en su ciudad.

## V

Resueltos á la ofensiva, los rusos no tardaron en ejecutar sus nuevos proyectos. En pocos días intentaron dos veces el ataque de las posiciones aliadas: el 25 de octubre se verificó el combate de Balaklava, y el 5 de noviembre la terrible acción de Inkermann.

El combate de Balaklava no fué más que una sorpresa, un encuentro parcial más bien que una verdadera batalla.

El ejército británico, ya muy reducido por las fatigas y por las enfermedades, se hallaba casi todo acampado en la meseta de Quersoneso, unos continuando el sitio delante de Karabelnaia, y otros apostados en observación en las vertientes septentrionales del monte Sapune. Balaklava, base de operación de los ingleses, se encontraba, pues, algo desguarnecido: el puerto sólo estaba ocupado por unos cuantos marinos; por el lado de la plaza se hallaba establecida, cerca de Kadikoi, parte de la caballería y del 93.º *Highlanders*; en fin, á cuatro kilómetros al Norte de la ciudad, se habían construído, sobre una serie de promontorios y á intervalos muy espaciados, cinco reductos que se extendían desde la falda del monte Sapune hasta la aldea de Kamara, y que no estaban guardados más que por algunas tropas turcas.

Los rusos, que habían adivinado aquella debilidad, se dispusieron á sacar partido de ella. Menschikof había recibido ya importantes refuerzos y esperaba otros todavía. Hizo bajar de las alturas de Mackenzie al valle del Tchernaiia varios gruesos destacamentos que se concentraron en Tchorgún, y al cabo de agregaciones sucesivas resultó un cuerpo de 18.000 hombres. El 25, el general Liprandi, que mandaba estas fuerzas, abandonó su campamento durante la noche, pasó el río y, al amanecer, se arrojó sobre las líneas inglesas. Los turcos defendieron con valentía uno de los reductos; pero, tomado éste, los defensores abandonaron los demás. Los rusos, animados por esta primera victoria, pasaron las trincheras, desembocaron en la planicie de Balaklava y lanzaron hacia Kadikoi una brigada entera de húsares y cosacos. Al primer ruido del cañón y de la fusilería, marinos, *highlanders* y jinetes se habían preparado para el combate. Todo el esfuerzo de la caballería rusa se estrelló contra la solidez de los *highlanders*, los cuales recibieron á los escuadrones con una descarga á boca de jarro, obligándoles á volver grupas. Los *escoceses grises* y los dragones del general Scarlett acabaron lo que la infantería había empezado. Poco antes de las diez, el enemigo, vigorosamente rechazado, tuvo que retroceder hasta las trincheras que había tomado á primera hora de la mañana.

La lucha quedó entonces como en suspenso. Los rusos eran dueños de los reductos, y sus reservas se escalonaban detrás hasta la base de los montes de Fedukhine. En cuanto á las tropas inglesas que habían soportado solas el primer choque, acababan de recibir refuerzos: éstos consistían en la caballería ligera de lord Cardigan, que había acudido al principio del combate, y la división Cathcart y la brigada de guardias, que llegaron á toda prisa por el collado de Balaklava. El cuer-

po de observación francés también había tomado las armas: en las crestas meridionales del monte Sapune había la división Bosquet; la primera división se desplegaba por las laderas ó se corría entre el collado y Kadikoi; finalmente, varios escuadrones de cazadores de Africa habían bajado á la llanura. Era de suponer que aquel día no habría ningún otro encuentro: los rusos se

los reductos turcos y se disponían á llevarse los cañones. A fin de evitar que se apoderasen de aquellos trofeos, envió á lord Lucán, comandante de la división de caballería, una orden así concebida: «Lord Raglán desea que la caballería avance rápidamente de frente, que persiga al enemigo é impida que se lleve los cañones. La tropa de artillería montada puede acompañar. La



El general Vaillant

hallaban en presencia de fuerzas demasiado considerables para renovar con éxito su ataque y amenazar seriamente á Balaklava: los aliados, por su parte, no pensaban abandonar su posición dominante ni extremar una lucha que no habían deseado. Parecía, pues, que la jornada había concluído, cuando sobrevino un episodio extraordinario que, al cabo de tantos años, causa todavía al ánimo sorpresa, admiración y piedad.

Desde el comienzo del combate lord Raglán permanecía en el borde de la meseta, en el punto llamado el *Telegrafo*, y desde allí su vista dominaba toda la llanura de Balaklava. Observando con su anteojo los movimientos de los rusos, le pareció que éstos desarmaban

caballería francesa se halla á vuestra izquierda. Inmediatamente.» El capitán Nolan, portador de la misiva, bajó á galope las pendientes y pasó el collado de Balaklava. Cuando llegó al punto en que se encontraba el comandante de la división inglesa, la situación había cambiado: los rusos no pensaban batirse en retirada, ni llevarse los cañones conquistados, como había creído lord Raglán, sino que, por el contrario, se habían formado de nuevo en su terreno propio detrás de los reductos y se hallaban cubiertos por una formidable artillería (1). Después de haber leído el parte, lord Lucán

(1) Parte de lord Raglán al duque de Newcastle, 28 de octubre de 1854.



vaciló, tan inútil y tan peligroso le parecía aquel movimiento. El ayudante reiteró, en el tono más absoluto, la voluntad del comandante en jefe. «¿Dónde hay que atacar? ¿Qué hay que hacer?» replicó el general, tanto más perplejo cuánto que apenas distinguía el grueso de las fuerzas enemigas disimuladas detrás de las colinas. «Allí está el enemigo, milord; allí están vuestros cañones,» repuso el capitán Nolan, señalando al extremo septentrional del valle (1). La orden era formal. Lord Lucán se fué al comandante de la brigada ligera, conde de Cardigán, y le mandó cargar. Este manifestó su sorpresa, objetó la indecisión del fin que se había de conseguir, deploró la pérdida casi inevitable de aquella magnífica caballería de que tan orgullosa estaba la Gran Bretaña, y sin insistir más se puso al frente de sus escuadrones. «¡Adelante!, exclamó, ¡adelante el último Cardigán!» Y lanzando su caballo á galope, dió la señal de la carga.

Desplegados por las escarpaduras del monte Sapune y dominando todo el campo de batalla, los franceses de la división Bosquet quedaron estupefactos al ver aquella soberbia tropa lanzarse sin apoyo contra un enemigo tan formidablemente defendido. «¡Alto! ¡Deteneos! ¡Eso es una insensatez!» gritaban centenares de voces, como si hubiesen podido ser oídas. Mientras tanto, ellos galopaban despreciando el peligro y queriendo, ya que la muerte era segura, que fuese al menos heroica. Llegan al extremo de la llanura, ganan las colinas, las pasan con toda la rapidez de sus caballos, que se meten por entre las masas rusas hasta entonces ocultas en las alturas. Al aspecto de aquel puñado de hombres, el ejército enemigo queda un instante lleno de estupor y parece desconcertado por tan increíble audacia. En seguida la artillería hace fuego con todas sus piezas, y la infantería acribilla á balazos á los temerarios embestidores. A pesar de todos los obstáculos, los ingleses continúan su carrera, especie de cabalgata loca, frenética, desesperada. De paso acuchillan una batería de cosacos, cargan contra la caballería enemiga, se encarnizan en su persecución y llegan á la vista del Tchernaiá. Un poco más y, llevados de un prodigioso impulso, llegarán al río, lo pasarán, ganarán Tchorgún y cruzarán de parte á parte las líneas moscovitas. Pero he aquí que los rusos, redoblando sus esfuerzos, les destrozan con sus fuegos cruzados. Entonces, y sólo entonces, los intrépidos jinetes se ven obligados á retroceder; retirada tanto más peligrosa cuanto que su ardor les ha llevado muy lejos. Retroceden, pero bajo tal lluvia de proyectiles que pelotones enteros caen por tierra. El desastre hubiera sido completo si dos escuadrones de cazadores de Africa, avanzando, no hubiesen desviado sobre ellos, por medio de una diversión muy rápida, una parte de las fuerzas rusas. Media hora había transcurrido desde el toque de carga cuando regresaron á las líneas inglesas algunos escuadrones mutilados en que todas las filas se confundían y en que galopaban muchos caballos sin jinete. Era todo lo que quedaba de la soberbia brigada ligera. Lord Cardigán había escapado á la muerte, pero la mayor parte de sus oficiales estaban muertos ó heridos; y de los 700 hombres

(1) Carta del conde de Lucán á lord Raglán, 30 de noviembre de 1854.

de ambos regimientos, 250 habían sido alcanzados por el enemigo (2).

Aquella sangrienta aventura fué el último acto de la lucha. El cañoneo continuó aún durante algunas horas, pero débilmente y sin causar daño, hasta que las primeras sombras de la noche separaron á los combatientes. De aquella batalla (si tal nombre puede darse á encuentros parciales y sucesivos) nadie salió vencedor ni vencido. En su golpe de mano sobre Balaklava, los rusos habían fracasado: por su parte, los ingleses se vieron obligados á abandonar los reductos y limitar sus líneas demasiado extensas. La jornada del 25 de octubre debió toda su fama al ataque de la brigada ligera. Al enterarse de la muerte de sus mejores hijos, la Gran Bretaña se estremeció de dolor al mismo tiempo que de orgullo. En los círculos de Londres, en el Parlamento, en la prensa, el sentido de las órdenes de lord Raglán fué discutido apasionadamente, pero sin que de las discusiones brotase toda la luz deseada, porque faltaba el principal testigo, el capitán Nolan, caído uno de los primeros en la pelea. El tiempo ha apaciguado las discusiones, pero no los recuerdos gloriosos. El inglés, tan positivo, es á veces amante de las leyendas; y la carga de lord Cardigán parece una leyenda de otra edad transportada al presente siglo.

## VI

Tal fué el combate del 25 de octubre. Muy distinta fué, por la importancia de la lucha y la efusión de sangre, la batalla de Inkermann.

El ejército ruso no cesaba entonces de aumentar. Durante el mes de octubre habían tomado posición en torno de la ciudad 24 batallones, 12 escuadrones y 12 *sotnias* de cosacos. Unos procedían de Asia y otros del interior del Imperio. Esperábase otro refuerzo más considerable: el cuarto cuerpo, largo tiempo retenido á orillas del Danubio, pero ya innecesario en aquellas regiones que los aliados habían abandonado y que los turcos, vueltos á su acostumbrada apatía, no trataban de reconquistar. Estas divisiones, tan numerosas como aguerridas, habían penetrado ya en Crimea, y se esperaba que, á más tardar, llegarían el 2 de noviembre á Sebastopol. Calculábase que con tales refuerzos Menschikof reuniría una fuerza de 100.000 hombres, sin contar los marineros destinados al servicio de la plaza (3). ¿Quién, con tales recursos, se hubiera limitado á la defensiva?

Todo convidaba á grandes iniciativas. Los soldados moscovitas estaban orgullosos de haber resistido al último bombardeo. El resultado de la acción de Balaklava les había infundido nuevos alientos. Las fogosas predicaciones de los curas mantenían el entusiasmo. Dos hijos del zar, los grandes duques Miguel y Nicolás, acababan de llegar á Sebastopol, y su presencia exaltaba el valor de los defensores. Teniendo en cuenta la oportunidad, la conducta más audaz parecía ser también la más razonable. El ejército francés sólo contaba entonces 41.000 hombres; el inglés 20.000, y el turco de 6 á 7.000; pero no se ignoraba que Francia prepa-

(2) Kinglake, *The invasion of the Crimea*, tomo IV, página 357.

(3) Todleben, *Défense de Sébastopol*, segunda parte, pág. 437.

raba un nuevo refuerzo; que tres nuevas divisiones, ya organizadas en Tolón, iban á partir para Oriente, y que los rusos perderían pronto la pasajera ventaja de su superioridad numérica. Por consiguiente era preciso obrar, obrar pronto y aprovechar la suerte. A estas razones, para apresurarse, se añadía una consideración más poderosa que las demás, pero que los jefes se guardaban muy bien de divulgar. Por la parte del bastión del Asta, las fortificaciones francesas habían progresado en pocos días con una rapidez alarmante. «Ya no distamos más que 140 metros de la parte saliente del bastión,»

hacia las crestas orientales del monte Sapune, se hallaba establecida la división Lacy-Evans, casi igual en fuerza á la división Brown. Aquí acababan los campamentos ingleses, pero no las posiciones que el ejército británico estaba encargado de cubrir. Más allá de los últimos vivaques de la división Lacy-Evans, la meseta se prolongaba aún sobre una superficie de cinco á seis kilómetros cuadrados, hasta que descendía hacia la desembocadura del Tchernaiá. En este punto tomaba el nombre de meseta del Carenaje ó de Inkermann (2). Era un terreno estéril, estrechado al Oeste por el ba-



Lord Cardigan

escribía el general Canrobert (1). El mismo bastión había sido muy castigado por el tiro concentrado de las baterías, y los desperfectos diarios se reparaban difícilmente. En tales condiciones, ¿cuál sería el resultado de un asalto? ¿No convenía desviar el peligro por medio de algún golpe de mano?

¿Por qué lado se efectuaría este nuevo ataque, repetición de la sorpresa de Balaklava, pero en un cuadro y con medios mayores?

Se recordará que los ingleses estaban encargados de vigilar la parte Nordeste del monte Sapune, desde el camino de Voronzof hasta el curso inferior del Tchernaiá. Sea por insuficiencia de efectivo, sea por exceso de seguridad, nuestros aliados sólo habían ocupado una parte del vasto espacio confiado á su vigilancia. Desde el camino de Voronzof hasta el nacimiento del barranco del Carenaje se había escalonado la división ligera de sir Jorge Brown, compuesta de unos 3.500 hombres: un poco más al Este, en el sitio llamado el *Molino*, se alzaban las tiendas de la brigada de los Guardias, que contaba unos 1.600 combatientes. En fin, al Norte y

ranco del Carenaje, sajado al Norte por otros varios barrancos y principalmente por el de las Canteras, lleno de repliegues, erizado de malezas, propio para las sorpresas. En su centro se alzaba una especie de montículo llamado promontorio de los Cosacos. Le rodeaban, ó mejor dicho, le rodeaban dos caminos; ambos venían del Norte y, después de haber pasado el Tchernaiá por un puente llamado el puente de Inkermann, se elevaban á lo largo de las escarpaduras: el uno era el *camino de los Zapadores* que, siguiendo casi la bahía grande, entraba, cerca de Malakof, en el arrabal de Karelaiá; el otro era el *camino viejo de Posta* que atravesaba el campamento británico y empalmaba con el camino de Voronzof. Todos estos puntos, lejos de ser estrechamente guardados, parecían como olvidados en la defensa general. Los soldados de la división Lacy-Evans se habían contentado con edificar al extremo de sus vivaques, al borde de la meseta, una batería llamada «batería de los sacos de tierra,» y cortar con algunas trincheras el *camino viejo de Posta*. No es que les hubiesen faltado avisos. Los mismos rusos se habían en-

(1) Parte del 2 de noviembre (*Monitor* de 17 de noviembre de 1854).

(2) No confundir la meseta llamada de Inkermann con las ruinas del mismo nombre situadas á la derecha del Tchernaiá.